



## REVISTA ÚRSULA

**La evolución del exilio en Silvia Mistral: *Éxodo. Diario de una exiliada española y Madrèporas***

**The evolution in exile in Silvia Mistral's *Éxodo. Diario de una exiliada española and Madrèporas***

**Leticia Millán Fanconi**

**(Universidad Complutense de Madrid)**

[lemillan@ucm.es](mailto:lemillan@ucm.es)

**RESUMEN:** Como tantos intelectuales exiliados españoles, Silvia Mistral (1914-2004) encontró en la escritura un lugar de refugio ante la realidad incierta a la que había de enfrentarse. Así surgen *Éxodo: diario de una refugiada española* (1940), texto que recoge sus apuntes personales desde que saliera de Barcelona tras la Guerra Civil y *Madrèporas* (1944), una obra lírica en la que su situación como exiliada se entremezcla con su nueva etapa como madre. Este trabajo se propone ahondar en el “viaje sin fin” que supone el exilio para esta autora, desentrañando la forma en la que el yo se ve modificado por esta condición en ambas obras, marcadamente íntimas, cumpliendo con las consideraciones ofrecidas por pensadores del exilio como Edward Said o María Zambrano y, al mismo tiempo, cómo el exilio condiciona la propia formulación de los textos al herir tan profundamente a su autora.

**PALABRAS CLAVE:** Silvia Mistral, exilio republicano español, escritoras exiliadas, escritura del yo, exilio.

**ABSTRACT:** Like many Spanish exiled intellectuals, Silvia Mistral (1914-2004) found in writing a shelter from the uncertain reality she had to face. Thus, she wrote *Éxodo: diario de una refugiada española* (1940) and *Madrèporas* (1944). The former gathers the author's personal notes since she left Barcelona after the Spanish Civil War. The latter is a lyrical work in which Mistral's situation as an exile appears merged with her new stage in life as a mother.

This work explores the ‘endless journey’ that exile entails for this author, unravelling the way the Self is modified for this condition in these profoundly intimate works. This analysis will be done in light of the ideas on exile of thinkers such as Edward Said and María Zambrano and, at the same time, will consider how exile conditions these texts' own formulation, as writing hurts deeply their creator.

**KEYWORDS:** Silvia Mistral, Spanish Republican exile, female exiled writers, self-writing, exile.



## Mistral entre las mujeres exiliadas en México

Silvia Mistral, cuyo nombre de nacimiento era Hortensia Blanch Pita (1914-2004), fue una de los miles de mujeres, hombres y niños que se vieron obligados a abandonar España tras el fin de la Guerra Civil en 1939. No siendo ajena al éxodo (había vuelto con su familia a España desde Cuba en 1931 huyendo de la dictadura de Machado), la experiencia del exilio republicano será más definitiva y traumática para ella, pues en esta ocasión tuvo que marcharse sola, dejando atrás a su familia, hacia un destino incierto en países desconocidos: primero Francia, donde permaneció como refugiada durante unos meses, y finalmente México, a donde llegó en uno de los barcos fletados desde la costa gala. Todo este viaje es recogido en su obra *Éxodo. Diario de una exiliada española* (2011), en el que queda reflejado, en palabras de Brodsky, el relato de un “ser humano que huye de algo peor hacia algo mejor” (101). Más tarde, en 1944, ya asentada en México, publica *Madréporas* que, aunque se presenta como un relato lírico sobre su maternidad, también se ve teñido por su situación como exiliada. Vinculando ambas obras, por tanto, se puede trazar la evolución de esta autora frente a la realidad del exilio.

Es en el análisis de esta conexión en lo que se quiere centrar este trabajo ya que, si bien muchos estudios, como el de Gómez Rodríguez (2021), Plaza Agudo (2016) o Domínguez Prats (1994), señalan la importancia de *Éxodo* como testimonio del exilio español republicano —concretamente el de la mujer exiliada española—, parecen detenerse en el resumen del relato de Mistral, sin adentrarse en un análisis profundo que permita desentrañar la expresión del exilio que aparece en sus textos. Por tanto, partiremos de sus aportaciones para intentar dar el siguiente paso. Primero, se tendrán en cuenta algunas consideraciones teóricas sobre la noción de exilio y el tipo de textos que nos ocupan, que se encuentran dentro de las escrituras de la intimidad, para desarrollar luego el estudio sobre el sentir exiliado de Silvia Mistral. Dicho estudio se centrará en la expresión de su yo en estos textos y, a continuación, en cómo denotan su evolución respecto a la idea de exilio.



## Marco teórico

Definir el concepto de exilio no es tarea fácil. Mónica Jato (2020), también tratando de estudiar el exilio republicano español, recurre a *The anatomy of exile* (1972), de Paul Tabori, para ofrecer una respuesta. Siguiendo al escritor húngaro, Jato describe el exilio como

un desplazamiento espacial forzoso [para el exiliado] porque su vida corre peligro bien por razones étnicas, religiosas o políticas; y que, para la gran mayoría de los exiliados, desde el momento en que se cruza la primera frontera, se está pensando en cuándo y cómo regresar (2).

De esta forma, aun haciéndose cargo de la amplitud del asunto, la hispanista marca unas coordenadas desde las que partir para entender el exilio. La diversidad, multiplicidad y contradicción —parafraseando a Jato— de esta experiencia surgen esencialmente de ese desplazamiento forzoso que rompe al individuo al forzarlo a abandonar todo lo que constituye su vida (el hogar, los vínculos, los recuerdos) para salvarla. El papel de la literatura será el de catalizar el profundo trastorno que causa en el yo con esperanzas de reconstruirlo o, al menos, consolarlo. Por ello, lo que se plantea este trabajo es desentrañar la complejidad del exilio para Silvia Mistral según ella lo expresó en sus textos.

Partiendo de la definición anterior, podemos comenzar a desentrañar el exilio entendiéndolo como una sensación de desarraigo, un estado de no permanencia que atraviesa el ser de quien lo padece, pero definir todas las implicaciones que tiene para el exiliado es complicado. Podemos comenzar diferenciándolo de otros tipos de movimientos migratorios más o menos voluntarios, como hace María Zambrano, quien señala que “comienza la iniciación al exilio cuando comienza el abandono, el sentirse abandonado; lo que al refugiado no le sucede ni al desterrado tampoco” (*Bienaventurados* 31). Es precisamente por este sentimiento por el que podemos decir, en primer lugar, que *Éxodo* trata sobre el exilio y no sobre refugiados de guerra y por lo que en *Madréporas* late el exilio todavía, porque en ella Mistral se abandona a sí misma en la maternidad y se siente abandonada respecto a lo demás: solo la maternidad la ancla a la realidad. Este desarraigo comienza en los primeros pasos que alejan del hogar, y entre las páginas que describen la marcha por los últimos pueblos de España podemos constatar una sensación de una Mistral que, como exiliada,

anda fuera de sí al andar sin patria ni casa. Al salir de ellas se quedó para siempre fuera, librado a la visión, proponiendo el ver para verse; porque aquel que lo vea acaba viéndose, lo que tan imposible



resulta, en su casa, en su propia casa, en su propia geografía e historia, verse en sus raíces sin haberse desprendido de ellas, sin haber sido de ellas arrancado (Zambrano *Bienaventurados* 33).

Así se sucede en la obra de Mistral la lenta constatación de “la insalvable distancia y la incierta presencia física del país perdido. Y aquí empieza el exilio, el sentirse ya al borde del exilio” (Zambrano *Bienaventurados* 32). Este es el movimiento que veremos en *Éxodo* y que se mantendrá en *Madrêporas*, donde el nacimiento de la hija en México también le recordará el mundo perdido en el que se crio porque, en palabras de Said, “el pathos del exilio reside en la pérdida de contacto con la firmeza y la satisfacción de la tierra: volver a casa es de todo punto imposible” (198).

Esta pérdida de la tierra, que supone la pérdida del origen y la identidad mismas, conducen asimismo a la imposibilidad de adaptación en el nuevo destino. El exilio, por tanto, se compone de un complejo entramado de pérdida, miedo e incertidumbre que queda traslucido en la literatura (Said 191). Precisamente para poder procesar y dar salida a todos estos sentimientos, Silvia Mistral, como muchos otros exiliados, recurrió a la escritura, que le sirve como único refugio ante ellos. Si bien la literatura del exilio ha tomado muchas formas (lírica, ficción, ensayo), las obras que vamos a analizar se encuentran entre los géneros autobiográficos. Este tipo de textos eran accesibles para las mujeres, pues se practicaban en la intimidad y al margen de los circuitos editoriales y comerciales (Plaza Agudo 193). No obstante, precisamente por ese valor como “documentos del yo” constituyen “una fuente de primera magnitud para conocer las experiencias del colectivo republicano exiliado” (Domínguez Prats *Silvia Mistral* 803). Por ello, a continuación, nos adentraremos en el análisis de estos los dos textos escogidos, pues no solo constituyen un testimonio documental, sino emocional y literario del exilio.

### **De la forma al contenido: el yo de Mistral en los textos y la actitud del exiliado**

Como hemos comentado en el apartado anterior, el exilio conlleva una pérdida de identidad que rompe al exiliado, que queda atrapado entre el pasado y el presente, entre la tierra perdida y aquella en la que vive (y que no le pertenece). Esta identidad partida se refleja en las obras de Silvia Mistral (Gómez Rodríguez 296) desde su configuración, ya que ambos, como textos autobiográficos, presentan un hibridismo entre lo público y



lo privado, entre lo real y lo ficticio (Plaza Agudo 194). Este hibridismo se da también a nivel discursivo, lo que hace que su clasificación sea compleja.

Por ejemplo, aunque desde su título *Éxodo* se enuncie como un diario, dentro encontramos textos de valor historiográfico, como cartas o normativas (Domínguez Prats, *Silvia Mistral* 803), y una fuerte intención de testimoniar (Gómez Rodríguez 290) que lo alejan de las escrituras del yo (Hernández-Fernández 29). *Madréporas*, por su parte, se nos presenta como un texto que se acerca también a un diario íntimo, pero fuertemente marcado por el lirismo y en el que muchas veces se entremezcla con el tono ficcional de los cuentos. Esta indeterminación que atraviesa la forma de los textos puede explicarse desde la propia intención con la que se acerca Mistral a ellos, pues, como recoge Gómez Rodríguez (293), muchos exiliados emprenden la escritura sin saber muy bien a quién se dirigen; para ellos no hay nada claro, escriben para testimoniar, para mantenerse mediante la escritura. Por lo tanto, en estas obras de Mistral podemos comprobar lo indicado por Said: “el único hogar que está verdaderamente a nuestro alcance ahora, por frágil y vulnerable que sea, es la escritura” (205).

El problema identitario que causa el exilio en Mistral también se puede encontrar en el uso que hace del yo. Antes se ha mencionado el interés de la autora por testimoniar, que Domínguez Prats constató al entrevistarla: “Silvia manifestaba su interés por relatar el exilio como una experiencia colectiva con el carácter político que tuvo el éxodo republicano y eludir las circunstancias personales de su vida” (*Silvia Mistral* 813). Es por eso por lo que en *Éxodo* no encontramos una gran presencia de su yo individual, sino del sentir general del exiliado. Formalmente, esto se traduce en su relato en el abundante uso de la primera persona del plural (frente a la primera persona del singular) o, si hay varias visiones, la tercera persona. Mistral se constituye como un testigo más y su yo se diluye en ese yo colectivo que sufre (Gómez Rodríguez 292). No obstante, en las ocasiones en las que sus emociones y experiencias se imponen, podemos observar la actitud personal de Silvia Mistral en el diario, que encaja con las descripciones de Zambrano: “Mientras que el exiliado ha venido a tener casi tan solo horizonte, horizonte sin realidad, horizonte en el que mira, pasa y repasa, desgrana la historia, toda la historia, sobre todo la historia de España” (*Carta* 3).

En *Madréporas*, por otro lado, aparece un yo más presente que, sin embargo, queda mucho más difuminado. En *Éxodo*, si Mistral habla de sí misma su presencia es fuerte, combativa, mientras que en este texto es mucho más consciente de que ya no tiene sitio



en el mundo y solo la maternidad resuelve en cierto grado el conflicto identitario: “Nada soy, ahora, de aquello que soñé. Mi mundo actual no tiene otro escenario que aquel donde mis pies se detienen y no tengo más premios ni dones que los que tu sonrisa, hija mía, quiera darme” (*Madréporas* 15).

### **El viaje al exilio de Mistral a través de sus textos**

La idea antes expuesta del horizonte nunca alcanzable que supone el exilio atraviesa la experiencia como exiliada de Mistral: la pérdida de su tierra, la posibilidad que supone México, la esperanza de futuro que representa su hija. Esto causa que la presencia de esta posibilidad de esperanza y la realidad a la que se enfrenta dividan constantemente la identidad de la escritora. En *Éxodo* podemos comprobar que desde el comienzo el yo muestra, por un lado, una actitud combativa, puesto que fue escrita en los primeros meses de exilio, y hay un deseo de mantener una actitud de protesta, de oposición para reivindicar también su posición; a pesar del desenlace de la guerra, se mantienen del lado del bien y la justicia. Son exiliados, pero moralmente no han perdido:

El ambiente es tranquilo y no ha desaparecido la sensibilidad. Algunas veces los extranjeros me piden que les declame versos. Militarmente todos consideran la guerra perdida, pero saben que el antifascismo ha ganado la batalla moral. La base de resistencia en que tendrá que levantarse el fascismo labrará su propia ruina. La gran vitalidad que subsiste de entre todas las desventuras, hace que se sucedan estas escenas de paz en el éxodo (*Éxodo* 70).

Y, por otro, la tristeza del éxodo, que cada vez se hace más palpable: “Las mujeres lloran al separarse de sus compañeros. ¿Los volverán a ver? Es esta la más desgarradora de las escenas del éxodo. [...] Se cierran las puertas y todas quedamos sumidas en la oscuridad. Negrura en el ambiente y negrura en el alma” (*Éxodo* 75).

El debate entre la inclinación por una u otra actitud no solo define a la protagonista y escritora, sino que configura también a los tipos de exiliados que Mistral va encontrando en su camino. La forma en la que la propia autora relata las opiniones de estas personas y su sentir frente a ellas tiene que ver además con esa intención de testimoniar la situación y esa actitud reivindicativa que comentábamos anteriormente, pues muchas veces Mistral no solo denuncia las injusticias del gobierno francés o los fascistas, sino de las actitudes injustas o egoístas de los propios exiliados:

Dos figuras actúan de intérpretes: una señora anciana, muy encopetada, con palabra persuasiva Y que parece agente de Franco; un joven indefinido, más o menos demócrata. la primera se acerca a nuestro grupo, y nos dice:



—¿A dónde van ustedes solas? son muy jóvenes para sufrir. Vuelvan a España, a la ternura de sus padres, usted, ¿por qué salió?

—Señora —le respondí —Salí por no tener que enfrentarme con los asesinos de mi hermano, por no ser otra víctima entre sus manos. Voy con los míos

—Por mi parte— contestó Esperanza— los desprecio. No podría jamás convivir con ellos. Resistiré a todas las penalidades aunque duren años y ni amenazas, vejaciones y la horrible vida del campo de concentración, bastará para hacerme volver allá.

—Yo soy —intervino Encarnación— la que acaso vuelva pronto. No tengo ideas políticas, he trabajado siempre con uno u otro régimen y entré en Francia con poca voluntad; por eso resistiré poco.

La miramos a los ojos y comprendimos que no era nada: una pobre campesina riojana ignorante, egoísta, e incapaz de dar un solo paso sin que la empujaran. Por eso se unió a nosotras (*Éxodo* 87).

Esta actitud combativa se intensifica sobre todo a la hora de relatar su paso por Francia como refugiada, pues estas páginas del diario aparecen marcadas por la reivindicación ante el estado de los exiliados españoles en Francia, ya que esta resistencia supone también una forma de reafirmación. Mistral expresa en varias ocasiones la legitimidad de su situación (recordemos, han perdido la guerra material pero no la moral), y de búsqueda de un nuevo sitio en el mundo porque mantener esta actitud reivindicativa también es una forma de supervivencia de su identidad frente al trato que reciben de los franceses, que los ven como extraños.

El conflicto que aparece en *Éxodo* contra el pueblo francés se mantiene, por tanto, en la línea de esa ruptura identitaria que caracteriza al exiliado y atraviesa estos textos. El origen de este enfrentamiento que causa la división ontológica tiene que ver con la dialéctica que existe entre nacionalismo y exilio. Este último, como menciona Zambrano, amplifica y conecta con el sentimiento de nación que se ha perdido, hace que uno sea más consciente de lo que convierte un lugar en su hogar y a sus vecinos en compatriotas (*Bienaventurados* 42). Said ubica el exilio como origen de los movimientos nacionalistas, pues “las luchas para conseguir la independencia estadounidense, para unificar Alemania o Italia o para liberar Argelia fueron las de grupos nacionales separados — exiliados— de lo que se entendía que era su modo de vida legítimo” (Said 194). No obstante, al mismo tiempo es este nacionalismo lo que hace que el exiliado, cuando debe marcharse, sea rechazado en el nuevo país:

justo al otro lado de la frontera entre “nosotros” y “los de fuera” se encuentra el peligroso territorio de la no pertenencia: ahí es donde en una época primitiva se desterraba a la gente, y por donde en la era moderna merodean inmensas cantidades de humanidad como personas refugiadas y desplazadas (Said 195).

Esta situación de rechazo por parte del que sería ese “habitante legítimo”, que es como parecen sentirse los franceses frente a los exiliados en el relato de Mistral, se hace especialmente palpable en la situación de las mujeres dentro del diario, ya que son



vistas como “objeto de mirada antes que de conocimiento. Al objeto de conocimiento se contrapone el objeto de visión, que es tanto como decir de escándalo” (Zambrano *Bienaventurados* 33), como podemos ver en el siguiente fragmento:

Las ventanas de las casas se abren lentamente y por ellas asoman las cabezas curiosas y sorprendidas de las mujeres. Las viejas, con sus cofias blancas de encaje, hacen la señal de la cruz. ¿Qué pueblo es este que trae consigo tantos males? Las bocas, sin dientes, murmuran quejumbrosas:

—Hace veinte años que no había tanto escándalo...

Me entran ganas de gritar a mí también, de decirles que muy pronto ellas se volverán locas, que sentirán los obuses y las bombas, que verán sus casas destruidas y sus hijos muertos, que marcharán de pueblo en pueblo, sin apoyo, en busca de cobijo que nadie les brindará de buena gana y sentirán hambre, frío y dolor, [...] Pero ahora, todavía, pueden asomar los ojos tras los cristales, con gesto asombrado, y preguntarse unas a otras:

—¿Qué les pasa a las “rojas”?

—¿Qué tienen las españolas? (*Éxodo* 119).

A este constante escrutinio y juicio por parte de los vecinos se unen las dificultades que causan las circunstancias materiales ante las que se enfrentan (falta de comida y dinero, hacinamiento, enfermedades...). Por ello, los momentos en los que la narradora recupera la felicidad son en soledad y entre la naturaleza, que se erige por tanto como un espacio importante, ya que el vínculo humano-naturaleza no le pertenece a nadie y, a la vez, remite a un lugar universal, puesto que en todos los países es posible escaparse a la naturaleza. Así, narra Mistral, “mi única alegría consiste en marchar por caminitos, montaña arriba, abriéndome paso por los zarzales [...]. Respiro, física y moralmente, cuando me saludan las cumbres de los montes” (*Éxodo* 105). Así, de nuevo aparece una dicotomía: en este caso, el espacio natural se contrapone a las emociones que le causa el pueblo en el que están circunstancialmente ubicadas: “No puedo comprender cómo un pueblo tan pequeño e insignificante como éste, llegue a oprimirme tanto. Sus habitantes me parecen pulpos gigantes, que alargan sus tentáculos para ahogarme. Y me ahogo en él, me asfixio” (*Éxodo* 105), que van en línea a la represión que mencionábamos antes y frente a la que Mistral siente necesidad de rebelarse para reivindicarse como individuo.

No obstante, la identidad de la narradora y escritora de las obras que estamos analizando todavía se debe enfrentar a más fracturas en su identidad causadas por el exilio. Tras unos meses de estancia en Francia, México surge en el horizonte de los exiliados en forma de la esperanza que evocan los barcos fletados en nombre del presidente de México. Así se narra en el diario:





Partiré mañana, al amanecer. Embarcaré, en Marsella, en un buque que uno imagina blanco, limpio, encantador. De casa en casa, han ido las dos mujeres despidiéndose de sus compañeras de exilio. Son ya distintas a nosotras. Su reír es más Amplio y su paso más Seguro. Alguien murmura —¡Dos menos!; Cuándo será el día que no quede ninguna!... (*Éxodo* 127).

No obstante, viajar al fin a un destino definitivo también es constatación de esa partida sin regreso que es el exilio, es la toma de conciencia de que los exiliados están abandonando su país, su continente, para enfrentarse a un futuro incierto en una nueva tierra que no conocen, como evoca la siguiente reflexión de Mistral recogida en el diario, cuando ya está a bordo del Ipanema:

Cuando el barco abandona el lecho de Girona para adentrarse en el Golfo de Vizcaya, pienso en qué absurdas e inesperadas situaciones conducen al viaje —invitación al destierro— lanzándonos lejos de la tierra nativa. Bien decía Goethe que “nunca se va más lejos que cuando no se sabe a dónde se va (*Éxodo* 2010).

La aparición de México en el diario de Mistral nos permite enlazar con su siguiente obra, *Madréporas*, en la que el conflicto de identidad se corresponde con la conciencia de la autora de no pertenecer a México, a pesar de ser el país en el que se ha asentado con su marido y en el que ha formado una familia. De esta forma, la figura de Mistral se contrapondrá a la de su hija, a quien —a ojos de la voz lírica en el texto— el nacimiento en el país de acogida le da derecho a la integración: “Tú no serás aquí un elemento ajeno [...] siendo tú una más entre todos, tendrás la conciencia exacta de tu país: México” (*Madréporas* 71).

Este sentir, además, lanza a Mistral a la anestesia que caracteriza el estado emocional del exiliado cuando se ha asentado indefinidamente en un nuevo lugar y no desea remover su conciencia para no encontrarse con ese pasado traumático, pues la esperanza del nacimiento de la hija lo abarca todo y le da a Mistral un motivo para aferrarse a su vida actual, ya que ahora tiene un papel en el mundo como madre y dentro de la sociedad mexicana al criar a una mexicana de pleno derecho:

Todo me parece distinto: la calle, la gente, los árboles. Ahora tengo un ayer y un hoy bien definidos. Antes sólo tenía el presente, la hora, el minuto en que vivía. Un instante y nada más. [...] Me fijo y pienso en seres y cosas que antes resbalaban indiferentes y extraños sobre mí. Yo no tenía ningún mensaje que enviar y nadie me traducía su dolor, su alegría o su ternura (*Madréporas* 58).

Como se trasluce del fragmento anterior, la maternidad para Mistral supone también un medio para reconciliar pasado y presente. Aunque es cierto que aún existe un doloroso recuerdo de su pasado, simbolizado en la figura de la propia madre de Mistral, a quien no volvió a ver (“Tengo miedo, madre, miedo de que nosotras —mi hija y yo—



no podemos cantar para ti una doble canción filial” (*Madréporas* 27)), pensar en los cuidados de su hija remite a la narradora a los tiempos en los que ella misma era atendida por otras mujeres, lo que crea una transición suave y no traumática entre el pasado y el presente, reconciliándolos (50).

Por tanto, encontramos en *Madréporas* una evolución del sentir exiliado que también se encuentra entre dos aguas, que supone de nuevo un conflicto en el asentamiento de una identidad unificada: por un lado, la maternidad como promesa del porvenir, como nueva etapa vital desde la que poder redefinir toda su existencia. Por otro, el texto aún deja traslucir la conciencia de abandono al que se ve enfrentado el exiliado, que también se puede apreciar en la propia forma que toma la narración. En muchos momentos, Mistral utiliza el lenguaje y la estructura de los cuentos para relatar su pasado a la hija nacida, que podemos relacionar con la idea de Said de que “el nuevo mundo del exiliado es antinatural, cosa bastante lógica, y su irrealidad recuerda a la ficción” (201). Así, el lirismo del presente y la ficcionalización del pasado en *Madréporas* remite todavía a una visión irreal de ambos, distantes porque la vida queda partida en dos. Así, finalmente, se comprueba que, aunque el exiliado desee una unificación de su identidad y encontrar un lugar en el mundo, que en el caso de Mistral pasa por la maternidad, el trauma sufrido prevalece atravesando su vida.

## Conclusiones

Al inicio de este trabajo, establecíamos una serie de coordenadas para poder identificar el *sentirse exiliado* que mencionaba María Zambrano, y que hemos tratado de encontrar en los textos de Mistral, a fin de entender con mayor profundidad este complejo estado desde la óptica que ofrece la escritora. Ante todo, encontrábamos una sensación de desarraigo (estado de no permanencia), que tiene que ver con la pérdida del origen, de la tierra natal y con ella el abandono de la familia, los recuerdos y también el futuro posible. Por todo ello, el exiliado experimenta una imposibilidad de adaptación en el lugar de destino que puede llegar a inclinarlo a los límites de la existencia. Frente a ello, el refugio que encuentran muchos exiliados es la escritura, espacio que les sirve precisamente para canalizar sus emociones, reflexionar sobre su situación y plantear las incógnitas de su estado.



Atendiendo a lo anterior, veíamos que en los textos de Mistral se reflejan todas estas circunstancias mediante un yo exiliado que, ya desde el nivel formal, aparece fracturado, como encontrábamos en las siguientes marcas. En primer lugar, en el hibridismo de los textos, que entendíamos como resultado la ruptura de la identidad. *Éxodo*, aunque se plantea como un diario personal, incluye pasajes de valor documental, como cartas o normativas, que aportan a la obra valor historiográfico, ampliando así su significación de declaración particular e íntimo a colectivo e histórico, sentidos entre los que navega el diario. El mismo estado liminar como texto encontrábamos en *Madréporas*, en este caso mezclando lo real con lo ficcional, que es la forma en la que se presenta ese pasado perdido y el futuro que nunca fue. De esta forma, comprobábamos que, a pesar de estar construyendo una nueva vida, en el yo de Mistral siguen latiendo las heridas del exilio, lo que nos devuelve al sentir general del exiliado, que no encuentra nunca consuelo ante la pérdida de la tierra y la vida de origen, aunque en el nuevo destino se generen relaciones o caminos que permitan cierta anestesia ante el dolor, como es la maternidad para Mistral. Del mismo modo, encontrábamos en ambas obras un yo difuminado entre el valor testimonial personal y colectivo en *Éxodo*, que se materializaba en un mayor uso de la tercera persona del plural frente a la primera persona del singular, a pesar de ser un diario, y en ese yo de *Madréporas* que, precisamente queriendo resguardarse en la maternidad, quiere abandonarse en la hija, que es una presencia constante y fuerte, y deja de lado el cariz combativo que encontrábamos en el texto anterior.

En un segundo momento, comprobábamos que la fractura exilio también atraviesa el contenido de las dos obras. *Éxodo*, como reflejo de las vicisitudes a las que se va enfrentando Mistral en los primeros pasos del largo viaje del exilio, mostraba un yo (tanto individual como plural, al describir la actitud general del resto de refugiados) que se debate entre mantenerse fuerte y combativo, una actitud que en cierto que les sirve como fuente de identidad —pues es por lo que han tenido que dejar sus hogares— frente a abandonarse a la tristeza y la desesperanza. En este sentido, también encontrábamos una escisión en el espacio que responde a su nueva situación y el rechazo de los franceses: la naturaleza, como zona ideal y de paz, pues es un lugar universal, frente a la ciudad, que se revela asfixiante y degradada por el escrutinio al que les someten los vecinos y la falta de recursos, la naturaleza como lugar ideal.



En *Madréporas*, por otro lado, parecía haber una evolución a este respecto, pues el nacimiento de su hija en México, lo que la hace ciudadana de pleno derecho, otorga a Mistral un papel nuevo ante la sociedad, un lugar, que sin embargo se revela insuficiente, pues no puede reducir su existencia a una sola faceta, y continuamente los recuerdos y esperanzas del pasado afloran para quebrar sus intentos de unificación de la identidad.

En definitiva, podríamos decir que tanto en *Éxodo* como en *Madréporas* se comprueba una de las claves del exilio y el sentimiento de desarraigo que acarrea: en primer lugar, el vínculo hacia la tierra natal y las consecuencias terribles de su abandono. En *Éxodo* se trasluce la intimidad de una Mistral que aún está tratando de aceptar la pérdida de su patria, aunque los vínculos con ella se mantengan mediante el recuerdo de su cultura (versos, canciones, memoria común), mientras que en *Madréporas* la nostalgia se manifiesta mediante el recuerdo a la madre y al pasado y el deseo de que la hija naciera en España (69-70).

La constatación de que el yo íntimo de la autora solo encuentra un lugar de refugio y asentamiento, la escritura, que le permite navegar las distintas incertidumbres del exilio. Por ello, queda plasmada en estas obras una identidad que navega la ruptura identitaria causada por su condición de exiliada, ante la que no hay posibilidad de reconstrucción, tanto en rasgos formales como el aumento de lirismo, ficción y fragmentación que se da en el paso de *Éxodo* a *Madréporas* como en el contenido de las obras, si bien en el propio acto de su escritura se comprueba que Mistral nunca renuncia a ello.

## **Bibliografía**

BRODSKY, Joseph. “The condition we call Exile”. *Literature in exile*. Editado por John Glad. Durham: Duke University Press, 1990.

DOMÍNGUEZ PRATS, Pilar. “Silvia Mistral, Constancia de la Mora y Dolores Martí: Relatos y memorias del exilio de 1939”. *Revista de Indias*. Vol. LXXII. 256. 2012: 799-824.



——— *Mujeres españolas exiliadas en México (1939-1950)*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid. 1992 [Tesis Doctoral] recuperado de: <http://webs.ucm.es/BUCM/tesis/19911996/H/0/AH0010801.pdf>

GÓMEZ RODRÍGUEZ, María Isabel. “Éxodo. Diario de una refugiada española. Silvia Mistral (1914-2004)”. *Voces de escritoras olvidadas. Antología de la guerra civil española y del exilio*. Editado por María Jesús Piñeiro Domínguez. Madrid: Guillermo Escolar, 2021.

HERNÁNDEZ-FERNÁNDEZ, Sara. “Los diarios de Silvia Mistral y su hibridez discursiva: *Éxodo. Diario de una refugiada española* (1940) y *Madréporas* (1944)”. *Cuadernos de Aleph*, 11. 2019: 10-32.

JATO, Mónica. *El éxodo español de 1939: una topología cultural del Exilio*. Leiden, Boston: Brill Rodopi, 2020.

MISTRAL, Silvia. *Éxodo. Diario de una refugiada española*. Editado por José Colmeiro. Barcelona: Icaria, 2011.

——— *Madréporas*. México: Ediciones Minerva, 1944.

PLAZA Agudo, Isabel. “El largo viaje a México: memoria, identidad femenina y exilio en Silvia Mistral”. *Las escritoras españolas en el exilio mexicano: estrategias para la construcción de una identidad femenina*. Coordinado por Helena Houvenaghel. Ciudad de México: Miguel Ángel Porrúa, 2016.

SAID, Edward. *Reflexiones sobre el exilio y otros ensayos literarios y culturales*. Madrid: Debolsillo, 2013.

ZAMBRANO, María. *Los bienaventurados*. Madrid: Siruela, 2004

——— “Carta sobre el exilio”. *El exilio como patria*. Barcelona, CT: Anthropos, 2014. 3-13.